

CAPÍTULO I

LA PUERTA

UNO

Tres. Tal es el número de tu destino.

¿Tres?

Sí, el tres es místico. Tres se yerguen ante el corazón del mantra.

¿Qué tres?

El primero es joven, de oscura cabellera. Está al borde del robo y del asesinato. Un demonio lo ha poseído. El nombre del demonio es HEROÍNA.

¿Qué demonio es ese? No he oído su nombre, ni siquiera en los cuentos de mi niñez.

Intentaba hablar, pero había perdido la voz, la voz del oráculo, Star-Slut, la Puta de los Vientos, ambas habían desaparecido. Vio una carta que descendía flotando de ninguna parte a ninguna parte girando y girando en la perezosa oscuridad. En la carta, un mandril sonreía desde la espalda de un hombre joven de pelo oscuro. Sus dedos, sorprendentemente humanos, estaban enterrados con tal fuerza en el cuello del hombre que las primeras falanges habían desaparecido entre la carne. Al mirar más de cerca, el pistolero vio que el mandril llevaba una fusta en una de aquellas manos predadoras que estrangulaban. El rostro del hombre parecía retorcerse en un horror silencioso.

El Prisionero. El hombre de negro (que antaño fuera un hombre de confianza para el pistolero, un hombre llamado Walter) suspiró burlón:

—Un poco molesto, ¿eh? Un poco molesto... un poco molesto... un poco molesto... un poco...

DOS

El pistolero se despertó de golpe gesticulando con la mano mutilada, convencido de que en cualquier momento alguna de aquellas monstruosidades con caparazón del mar del Oeste se le echaría encima, preguntando desesperadamente en su idioma extraño al tiempo que le desgajaba el rostro de la cabeza.

Pero fue una gaviota, atraída por el reflejo de la luz del alba en los botones de su camisa, lo que se alejó de él con un graznido asustado.

Roland se incorporó.

La mano latía sin fin, destrozada. Otro tanto ocurría con el pie. Los dedos arrancados insistían en que seguían allí. Había perdido la mitad inferior de la camisa; el resto parecía una túnica desgarrada. Había utilizado un trozo para vendarse la mano y otro para envolver la bota.

«Largaos —dijo a las partes ausentes de su cuerpo—. Largaos. Ahora sois fantasmas. Largaos.»

Sirvió de algo. No mucho, pero algo sí. Eran fantasmas, sí, pero fantasmas vivos. Se comió una rodaja de cecina. Su boca la despreciaba, al igual que el estómago, pero insistió. Una vez que la tuvo dentro, se sintió más fuerte. En cualquier caso, no le quedaba mucha; estaba casi contra las cuerdas.

Había cosas que hacer.

Se levantó con escaso equilibrio y miró alrededor. Los pájaros se lanzaban en picado y se zambullían en el agua, pero parecía que el mundo les pertenecía solo a ellos y a él mismo. Los monstruos habían desaparecido. Tal vez fueran nocturnos, o acaso llegaran con la marea. En aquel momento, daba lo mismo.

El mar era enorme, se encontraba con el horizonte en un punto azul brumoso imposible de determinar. Durante un largo rato, el pistolero olvidó su agonía contemplándolo. Nunca había visto tanta cantidad de agua. Lo había oído en las historias infantiles, claro, y los profesores —al menos, algunos— le habían asegurado que existía, pero ver de verdad aquella inmensidad, aquella agua sorprendente después de años de árida tierra, era algo difícil de asumir. Difícil incluso de ver.

Lo miró durante mucho rato, hipnotizado, obligándose a verlo, olvidando por un momento su dolor y sus dudas. Pero ya había amanecido y tenía cosas que hacer. Buscó la quijada en el bolsillo trasero, poniendo atención en meter solo la palma para evitar que fueran los muñones los que tuvieran que descubrir si todavía estaba allí. Los quejidos de la mano se convirtieron en gritos.

Allí estaba.

Bien.

Lo siguiente.

Se desató torpemente los cintos y los dejó sobre una soleada roca. Sacó los revólveres, abrió las recámaras y sacó las balas que quedaban. Las tiró. Un pájaro que descansaba en la brillante orilla se acercó hasta una de ellas, la agarró con el pico, la soltó y se alejó volando.

Tenía que cuidarse también de los revólveres, incluso antes de comprobar las balas; pero como cualquier pistola sin munición en este mundo o en cualquier otro es poco más que una porra, antes de hacer cualquier cosa apoyó los cintos en el regazo y pasó la mano izquierda con cuidado sobre la piel curtida.

Los dos estaban húmedos desde la hebilla hasta el lugar en el que, si los llevara puestos, cruzarían las caderas. A partir de ese punto, parecían secos.

Sacó las balas de la zona seca. La mano derecha seguía intentándolo, insistía en olvidar su mutilación a pesar del dolor, y Roland se encontró de nuevo de rodillas, como un perro demasiado estúpido o patoso para caminar. Distráido por el dolor, estuvo a punto de aplastarse la mano un par de veces.

«Preveo graves problemas», pensó de nuevo.

Reunió aquellas balas que aún podían ser útiles en un montón descorazonadoramente pequeño. Veinte, de las cuales algunas fallarían con seguridad. No podía fiarse.

Sacó las demás y formó otro montón con ellas. Treinta y siete.

«Bueno, en cualquier caso, no ibas muy cargado», pensó. Pero calibró la diferencia

entre cincuenta y siete balas seguras y las veinte que tal vez tuviera ahora. O diez. O cinco. O una. O ninguna.

Puso las dudosas en otro montón.

Aún le quedaba la cartera. Algo era. Se la puso en el regazo y luego desmontó lentamente los revólveres y cumplió con el ritual de limpiarlos. Cuando acabó, habían pasado dos horas y el dolor era tan intenso que la cabeza le daba vueltas: el mero hecho de pensar se le hacía difícil. Quería dormir. Nunca en su vida lo había deseado tanto. Pero ninguna razón era válida para negarse a cumplir con su obligación.

—Cort —dijo con voz irreconocible. Se echó a reír.

Despacio, muy despacio, montó las armas y las cargó con las balas que podían estar secas. Al acabar, cogió la que estaba construida para su mano izquierda, la amartilló y soltó lentamente el percutor. Quería saber, sí. Quería saber si recibiría una agradable sorpresa cuando apretara el gatillo, o solo uno de aquellos inútiles clics. Pero un clic no significaría nada, mientras que un disparo real no haría más que reducir la cantidad de balas a diecinueve. O a nueve, o a tres. O a ninguna.

Desgarró otro trozo de la camisa, posó en él las balas mojadas y lo ató con la mano izquierda, ayudándose con los dientes. Las metió en la cartera.

«Duerme —le exigía el cuerpo—. Duerme. Ahora tienes que dormir, antes de que oscurezca. No hay nada más. Estás agotado.»

Consiguió levantarse y miró arriba y abajo por la playa desierta. Era del color de la ropa interior que no se ha lavado en mucho tiempo, llena de conchas incoloras. De vez en cuando asomaba alguna roca entre la gruesa arena, cubierta de guano, capas amarillas como los dientes viejos tapadas por otras nuevas de color blanco.

La línea de la marea alta estaba marcada por algas secas. Vio pedazos de su bota derecha y las cantimploras cerca de la línea. Le pareció un milagro que la resaca no se hubiera llevado las cantimploras. Con pasos lentos y renqueantes, se acercó hasta allí. Cogió una y la agitó cerca de una oreja. La otra estaba vacía. En aquella quedaba algo de agua. Muchos no hubieran podido distinguir la diferencia, pero el pistolero lo sabía tan bien como una madre puede distinguir a sus dos hijos gemelos. Llevaba mucho, mucho tiempo viajando con aquellas cantimploras. Dentro sonaba el agua. Qué bien; un regalo. La criatura que le había atacado, o cualquier otra, podía haberlas abierto de un picotazo, o con las pinzas. Pero eso no había ocurrido, y la marea las había respetado. No quedaba ni rastro de la criatura, a pesar de que la pelea había terminado más allá de la línea de la marea. Tal vez se la habían llevado otros predadores; acaso sus compañeras le habían organizado un entierro ritual, como hacían los elefaúntes, unas enormes criaturas de las que había oído hablar en su infancia y de las que se decía que enterraban a sus muertos.

Levantó la cantimplora, tragó agua profundamente y sintió que recuperaba algo de fuerza. Por supuesto, la bota derecha estaba destrozada... Pero tuvo alguna esperanza. La parte del pie estaba entera —rasgada, pero entera— y tal vez podría cortar la otra y preparar algo que al menos durase un tiempo.

Le acosaba la debilidad. Luchó contra ella, pero se le plegaban las rodillas y tuvo que

sentarse, mordiéndose la lengua.

«No puedes desmayarte —se dijo en un quejido—. No aquí, donde podría volver una bestia de esas esta noche para rematar la faena.»

Así que se levantó y se ató la cantimplora vacía a la cintura, pero apenas había recorrido veinte metros hacia el lugar donde había dejado la cartera y las armas cuando volvió a caer, casi desmayado. Allí se quedó un rato, con la mejilla contra la arena, donde el filo de una concha se le clavaba en el mentón, casi haciéndole sangrar. Consiguió beber de la cantimplora y se arrastró hasta el lugar donde se había despertado. Había un árbol de Josué a unos veinte metros, en la ladera. Estaba quemado, pero algo de sombra podría ofrecerle.

Los veinte metros le parecieron veinte kilómetros.

Aun así, subió las pocas posesiones que le quedaban hasta la escasa sombra del árbol. Se tumbó con la cabeza apoyada en la hierba, deslizándose hacia lo que podía ser sueño, inconsciencia o muerte. Miró hacia el cielo y trató de averiguar la hora. No era el mediodía, pero casi debía de serlo, a juzgar por el tamaño de la sombra en que yacía. Aguantó un poco más, el tiempo necesario para girar el brazo derecho y llevarlo hasta los ojos en busca de marcas de infección, de algún veneno que pudiera estar abriéndose camino hacia sus entrañas.

Tenía la palma de la mano de un color rojo apagado. Mala señal.

«Me la casco con la mano izquierda —pensó—. Algo es algo.»

Entonces lo invadió la oscuridad y se pasó las siguientes dieciséis horas durmiendo, arrullado por el incesante sonido del mar del Oeste.

TRES

Cuando el pistolero volvió a despertarse, el mar estaba oscuro, pero había una leve luz en el cielo, hacia el este. Se acercaba la mañana. Se incorporó, y le sobrecogieron las náuseas.

Inclinó la cabeza y esperó.

Cuando pasó la debilidad, se miró la mano. Estaba infectada, sí: una línea roja lo delataba, retorciéndose desde la palma hacia la muñeca. Allí paraba, pero ya se podía apreciar el nacimiento de otras que al final llegarían hasta el corazón y lo matarían. Tenía calor, estaba febril.

«Necesito medicinas —pensó—. Pero aquí no hay ninguna.»

¿De manera que había llegado hasta allí solo para morir? No moriría. Y si, a pesar de su determinación, no quedaba otro remedio, moriría camino de la Torre.

—Eres extraordinario, pistolero —sonó la voz del hombre de negro en su cabeza—.

¡Qué incorregible! ¡Qué romántico en tu estúpida obsesión!

—Jódete —gritó, y bebió un trago. Tampoco le quedaba mucha agua. Tenía todo un mar por delante, y de qué le servía... Agua, agua por todas partes, y nada para beber. Tanto daba.

Cogió los cintos, se los ató (duró tanto el proceso que, cuando acabó, la luz del alba ya se había convertido en

prólogo del día), y luego trató de levantarse. No estuvo convencido de poder hacerlo hasta que lo hubo conseguido. Apoyándose en el árbol, cogió la cantimplora casi vacía con el brazo derecho y se la echó a la espalda. Luego, la cartera. Al enderezarse, le entró de nuevo la debilidad y otra vez bajó la cabeza esperando, deseando.

Pasó la debilidad.

Con los pasos temblorosos e inseguros de un hombre en el último estadio de la ebriedad absoluta, el pistolero recorrió el camino de vuelta hacia el pie de la ladera. Se quedó de pie, mirando el océano que parecía vino, y sacó de la cartera la poca cecina que le quedaba. Se comió la mitad, y esta vez tanto la boca como el estómago la aceptaron con mejor reacción. Se dio la vuelta y se comió la otra mitad, mientras contemplaba el sol que se alzaba sobre las montañas donde había muerto Jake; primero, parecía que fuera a tropezar con los crueles picos dentados de los montes, pero luego pasó por encima.

Roland mantuvo el rostro al sol, cerró los ojos y sonrió. Se acabó la cecina.

Pensó: «Bueno, ahora no tengo comida. Y me faltan también dos dedos de una mano y otro de un pie; soy un pistolero cuyas balas no disparan; he sido envenenado por la mordedura de un animal, y no tengo antídotos; con suerte, me queda agua para un día; tal vez sea capaz de caminar unos veinte kilómetros si gasto hasta el último esfuerzo. Soy, en resumen, un hombre que ha llegado al límite en todo».

¿Qué dirección debía tomar? Había llegado desde el este; no podía caminar hacia el oeste, a menos que tuviera los poderes de un santo o de un redentor. Le quedaba el norte o el sur.

Norte.

Esa fue la respuesta de su corazón. No era una pregunta.

Norte.

El pistolero echó a andar.

CUATRO

Caminó durante tres horas. Dos veces cayó, y la segunda no creyó poder levantarse. Entonces llegó hacia él una ola, lo bastante cercana como para que se acordara de sus revólveres, y se levantó casi sin darse cuenta, de pie sobre unas piernas que temblaban como filamentos. Calculó que habría recorrido unos seis kilómetros en aquellas tres horas. Ahora el sol calentaba, pero no tanto como para justificar los estallidos de su cabeza y el sudor que le cubría la frente. Tampoco la brisa marina era tan fuerte como para justificar los repentinos escalofríos que erizaban su piel y le hacían castañetear los dientes.

—Fiebre, pistolero —comentó la voz del hombre de negro—. Lo que queda de ti está ardiendo.

Las líneas rojas de la infección eran ya más pronunciadas. Habían recorrido la mitad del camino entre la muñeca y el codo.

Caminó otro kilómetro y medio y agotó el agua de la cantimplora. La ató a la cintura junto a la otra. El paisaje era aburrido y desagradable. A la derecha, el mar; a la izquierda, las montañas. Y, bajo sus botas recortadas, la arena gris poblada de conchas.

Las olas iban y venían. Buscó langostruosidades, pero no vio ninguna. Iba de ninguna parte a ninguna parte, un hombre de otro tiempo que, al parecer, había alcanzado el punto del final sin sentido.

Poco antes del mediodía volvió a caerse y supo que no podría levantarse. Así que ese era el lugar. Allí. Después de todo, ese era el final.

A cuatro patas, levantó la cabeza como un luchador atontado. A cierta distancia, tal vez dos kilómetros, tal vez cinco (se hacía difícil calcular las distancias en la playa monótona, con el latido de la fiebre sacándole los ojos de las órbitas), vio algo nuevo. Algo que se sostenía vertical en la playa.

¿Qué era?

(tres)

No importaba.

(tres es el número de tu destino)

El pistolero consiguió levantarse de nuevo. Soltó un gemido, alguna petición que solo oyeron los pájaros que le rodeaban. «Cómo les gustaría arrancarme los ojos —pensó—. Cómo les apetece ese bocado.» Siguió caminando, ahora tambaleándose considerablemente dejando tras sus pasos huellas irregulares.

Mantuvo la mirada fija en aquello que se sostenía sobre la playa. Apartó el pelo que le caía sobre los ojos. El sol se encaramó al tejado del cielo, donde pareció quedarse demasiado tiempo. Roland imaginó que estaba de nuevo en el desierto, en algún lugar entre la última cabaña

(la fruta musical cuanta más comes, más resuenas)

y la estación de paso donde el chico

(tu Isaac)

había estado esperando su llegada.

Las rodillas flaqueaban, se tensaban, flaqueaban, se volvían a tensar. Cuando el pelo volvió a caerle sobre los ojos, no se molestó en apartarlo: no le quedaban fuerzas. Miró hacia el objeto, que ahora proyectaba una estrecha sombra hacia la ladera, y siguió caminando.

A pesar de la fiebre, ya podía distinguirlo.

Era una puerta.

A menos de cuatrocientos metros. Las rodillas de Roland volvieron a flaquear, y esta vez no pudo tensarlas. Cayó al suelo, arrastrando la mano derecha por encima de la arena rasposa y de las conchas, los muñones de sus dedos gritando de dolor al arrancarse las costras recientes. Volvía a sangrar.

Se arrastró. Se arrastró con el ritmo constante de las olas del mar del Oeste al romper y retirarse. Se apoyaba en los codos y en las rodillas, con las que marcaba pequeños hoyos por encima de la línea de algas secas de la marea. Supuso que el viento soplaba todavía (tenía que ser así, porque aún le entraban escalofríos), pero el único aire que sonaba era el ronco respirar de sus pulmones.

La puerta estaba más cerca.

Más.

Al final, hacia las tres de aquel día largo y delirante, cuando la sombra ya se extendía

larga a la izquierda, la alcanzó. Se sentó y la contempló extrañado.

Mediría unos dos metros de altura y parecía de sólido fustafarro, aunque el árbol de fustafarro más cercano debía de estar a unos mil kilómetros de distancia o más. El pomo parecía de oro y estaba grabado con una filigrana que el pistolero tardó en reconocer: era la cara sonriente del mandril.

No había ninguna cerradura en el pomo, ni encima, ni debajo. La puerta tenía bisagras, pero no estaban ligadas a nada... «O eso parece —pensó el pistolero—. Es un misterio. Un maravilloso misterio. Pero ¿qué más te da? Te estás muriendo. Tu propio misterio, el único que en el fondo preocupa a todo ser, hombre o mujer, esta ya cerca.»

Daba lo mismo, parecía una cuestión de importancia.

Aquella puerta. Aquella puerta allí, donde no debería haber ninguna puerta. Estaba simplemente allí, sobre la playa gris, unos seis metros por encima de la línea de la marea, tan eterna en apariencia como el mismo mar, ahora proyectando su escuálida sombra hacia el este a medida que el sol se retiraba.

Escrito en ella con letras negras a dos tercios de su altura, escrito en la Alta Lengua, había dos palabras:

EL PRISIONERO

(Un demonio lo ha poseído. El nombre del demonio es HEROÍNA.)

El pistolero oyó un ligero zumbido. Al principio pensó que se trataba del viento, o que el ruido procedía de su mente febril, pero poco a poco se convenció de que era el sonido de un motor... Y procedía del otro lado de la puerta.

«Pues ábrela. No está cerrada. Sabes que no está cerrada.»

Sin embargo, se incorporó con torpeza y dio la vuelta hasta la parte trasera de la puerta.

No había parte trasera.

Solo la playa gris que se estiraba. Solo las olas, las conchas, la línea de la marea, las marcas de su propio camino —huellas de las botas y hoyos de los codos—. Volvió a mirar y puso los ojos en blanco. La puerta no estaba allí, pero su sombra sí.

Adelantó la mano derecha (tanto le costaba a la mano aprender su lugar en lo poco que le quedaba de vida). La bajó y levantó la izquierda. Golpeó, esperando encontrar sólida resistencia.

«Si la toco, será como golpear sobre la nada. Eso sería una buena experiencia antes de morir.»

La mano solo encontró aire allí donde la puerta, por invisible que fuera, debía estar.

Nada palpable.

Y el ruido de los motores —si realmente había sido eso—.